

4. Madrid era el mundo

ALONSO CUETO

El descubrimiento de Madrid fue para mí el descubrimiento del mundo. Llegué a los veintidós años, después de una infancia y una juventud itinerantes que pasaron de París a Washington y de allí a Lima. Madrid fue la primera ciudad que cobró una forma autónoma lejos de las necesidades de la infancia, de la protección de mis padres y de lo que podría llamar mi hogar. Llegué a alojarme en la inolvidable pensión de María Cristina Aleix, sobrina nieta de Pío Baroja, en el barrio de Salamanca, cerca de la plaza de Ventas. Viví tres años cerca de ella y de sus maravillosos hijos Cris y Juan Carlos. Al lado de la pensión quedaba una posta médica para los toreros. Alguna vez vi aparecer a alguno de ellos ensangrentado, junto a la puerta.

Era una época de fervor y sangre en una ciudad de piedra y un cielo azul que siempre me estremecía. Por entonces, en febrero de 1977, se iniciaba un año excepcional con las campañas políticas y las primeras elecciones en varias décadas. Poco después de mi llegada, en Semana Santa, me despertaron las bocinas de los autos en la calle. Se estaba celebrando un hecho histórico, la legalización del Partido Comunista. De pronto, la cartelera de cine de Madrid mostraba todas las películas prohibidas durante la dictadura. Se echaban varias de Fellini, todo Pasolini, *El último tango en París*. Pepe da Rosa cantaba el

Yes, very well. En los bares, en las plazas, en reuniones públicas se vivía un fervor político que a veces terminaba en discusiones en voz alta, incluso para los españoles. Había que vengarse de la historia. Lo que contaba era la España real, no la que había inventado el dictador. Los metros y las plazas eran escenarios de la locura. En una estación vi a un tipo acercarse a otro y espetarle: “Vosotros matasteis a muchos rojos en la guerra. Muchos rojos cayeron con vosotros”. Un domingo, paseando cerca de Cibeles alcancé a ver una manifestación de la Falange de Primo de Rivera. Una señora gritó junto a mí: “Sí, yo soy falangista”. Por entonces, después de décadas, llegaron Rafael Alberti y María Teresa León de su exilio sudamericano y romano; Dolores Ubárruri, la Pasionaria, venía del exilio soviético (“Vasca de generosos hacimientos: encina, piedra, vida, hierba noble”, la había llamado Miguel Hernández). Llegó también Santiago Carrillo, para alarma de algunos. Pocas semanas después de su llegada, leí una noticia en *El País*: en un vuelo que venía de Barcelona a Madrid, el piloto anunció que estaban a punto de aterrizar. Luego invitó a los pasajeros a ver por la ventana la localidad de Paracuellos de Jarama. “Fue el escenario de una de las masacres de la Guerra Civil”, dijo el piloto por los altavoces. “Y el autor de esa masacre está sentado como pasajero en este avión. Quien les habla es hijo de una de sus víctimas de esa masacre que él dirigió”. Carrillo, en su asiento, no se inmutó. Luego la compañía aérea despidió al piloto, pero los ánimos seguían a tope.

Como me sentí integrado a la vida española, mi ídolo de esos años fue Adolfo Suárez y hasta aprendí a entonar la canción con la que hacía propaganda a sus electores. Luego iba a reconocerlo y admirarlo una vez más en uno de mis libros preferidos, *Anatomía de un instante* (2009), de Javier Cercas.

Habituado a las medianías de la neblina limeña y a los protocolos cortesés heredados de la cultura andina, me impresionaba entrar a un bar y escuchar los gritos del camarero que me ordenaba pedirle una caña a voz en cuello. Pero con el tiempo fui habituándome y no me perdía los partidos de la Liga de los domingos por la noche en el Bar Fontana de mi calle, el paseo del Marqués de Zafra. Durante ese tiempo, becado gracias al Instituto de Cultura Hispánica, mi propósito era realizar una investigación sobre la obra de un poeta admirado, Luis Cernuda. Hacía mi investigación en la biblioteca del Instituto de Investigaciones Científicas, donde descubrí nuevas

lecturas de Cernuda, entre ellas algunos de sus brillantes ensayos. Recuerdo hasta hoy su maravilloso “Divagación sobre la Andalucía romántica”.

Por entonces algunas palabras entraron en mi conciencia. Términos como *cachondo*, *pasota*, *majo* y tantos otros se volvieron propios. Los latinoamericanos y los españoles estábamos aún divididos por algunas palabras distintas. Una historia famosa cuenta que un peruano llega a un hotel en Madrid y llama al conserje con un pedido: “El caño de la tina se ha malogrado. Por favor, avise a un gasfitero para que lo arregle”. El conserje no le entiende bien. El peruano debía haber dicho: “El grifo de la bañera se ha estropeado. Por favor, llame a un fontanero para que lo repare”. Hoy, en cambio, los términos de la América Latina y de España han cruzado fronteras. Incluso hay palabras latinoamericanas como el *ninguneo* que se usan con frecuencia entre los españoles.¹

Recuerdo que, cuando era pequeño, viajaba con mis padres y con José María Arguedas por algunas ciudades y pueblos peruanos. Una de las frases de Arguedas era que el corazón de las ciudades estaba en los estadios de fútbol y en los mercados. Mi pensión en Madrid quedaba cerca de un mercado de carne, donde iba con frecuencia solo a pasearme y a verle la cara a los vendedores. Desde muy pronto, fui también a los estadios, en especial al Manzanares, pues me volví aficionado al Atlético de Madrid, que por entonces tenía a Luiz Pereira, Rubén Cano y el Ratón Ayala, tres sudamericanos que honraban la tradición del juego creativo y rápido que los colchonereros no han perdido.

Una de mis sorpresas fue ir al cine hablado en español, pues todas las películas que había visto en Lima conservaban su idioma original, con subtítulos. En una ocasión, en un revival del cine de John Ford, vi entrar a John Wayne a una cantina y decirle al camarero: “Chato, tráeme un corto”, una frase que nunca había imaginado escuchar de sus labios. Fue algo parecido a lo que sentí cuando escuché a Richard Burton llamar “maja” a Elizabeth Taylor en *Cleopatra*.

Descubrí, naturalmente, el Museo del Prado, donde iba todos los domingos. Allí se me quedó para siempre grabado en el corazón El

1 Esta relación entre el español de América y el de España lo he desarrollado en mi ponencia “El triunfo de la lengua” en el Congreso de CERLALC (Casa de América, Madrid, junio de 2008), después incorporada en mi libro *Sueños reales* (2008).

perro semihundido de Goya. También caminé muchas veces por la plaza de España, con la estatua de Quijote, obra de Martínez Zapatero, y los cines Alphaville y también la plaza de Santa Ana, donde estaban La Cervecería alemana, una de cuyas mesas la tradición atribuía a Hemingway, y un bar llamado El Rey de los Pinchos Morunos, de obvias connotaciones sexuales si uno venía de Sudamérica. También la plaza de Chueca, con sus pequeños restaurantes, y las calles Hortaleza y Fuencarral. No puedo volver a esos lugares sin sentir un vuelco en el cuerpo. Me parece que en las oficinas de Cultura Hispánica voy a ver a mis amigos de entonces, a Félix Grande, Álvaro Pombo y Jaime Salinas, en cuya editorial Alfaguara iba a ubicar luego mi primer libro, *La batalla del pasado* (1983). Fue allí también que conocí a Juan Carlos Onetti, que me dijo que solo valía la pena escribir si lo que uno creaba era mejor que el silencio.²

Me di cuenta de la capacidad que tienen los madrileños, y los españoles en general, de hacer amistades a primera vista. Había un culto a la amistad en las casas, los bares. Era una amistad que se imponía, que podía ser intrusiva, pero que se agradecía y se apreciaba siempre. Tengo la sensación de que, mientras los peruanos enfrentamos la vida lamentándonos de nuestro destino, los madrileños lo celebran o lo maldicen, pero siempre en voz suficientemente alta para que todos escuchen.

Ricardo Díez-Hochleitner y su esposa Choncha, así como sus hijos, fueron una familia adoptiva para mí y en su casa de la calle Concha Espina pasé muchos momentos felices. Lo mismo puedo decir de otra persona a la que quise mucho en esa época, Jubita Bustamante, en cuyo *Diario 16* colaboré gracias a Ángel González y a Julio Ortega. El profesor cubano especialista en el Inca Garcilaso, Enrique Pupo-Walker, fue un gran amigo, lo mismo que el traductor Juan José del Solar, a quien vi con frecuencia en Barcelona, y el editor y ensayista Luis Maristany. La casa de Julián Marías, que había sido amigo de mi padre, en la calle Vallehermoso fue un lugar de maravillosas conversaciones con él y con Lolita, Álvaro, Fernando, Miguel y Javier.

Muchos de ellos han muerto hoy. De los tres años que viví en Madrid, sin embargo, hay tantas voces y rostros aún en mi memo-

2 En la introducción a mi libro *Juan Carlos Onetti. El soñador en la penumbra* (2009), desarrollo con detalle ese encuentro con el escritor uruguayo.

ria. Fue en esa época que descubrí que las amistades pueden terminarse para siempre y que los amores pueden ser tan ilusos como absurdos, pues están marcados por las exigencias de los viajes y las despedidas. Creo que mi descubrimiento esencial fue la profunda soledad de la juventud. He vuelto a Madrid muchas veces y he caminado llorando por sus calles, pensando en todo lo que alguna vez descubrí allí, en quien fui y en quien soy y cuánto le debo a esas calles. Seguiré regresando allí todas las veces que pueda para volver a empezar a marcharme y regresar y no irme nunca.

Bibliografía

- CUETO, Alonso (1983): *La batalla del pasado*. Madrid: Alfaguara.
- (2008): “El triunfo de la lengua”. En: *Sueños reales*. Lima: Seix Barral, 201-205.
- (2009): *Juan Carlos Onetti. El soñador en la penumbra*. Lima: Fondo de Cultura Económica.